



## LA CANTINERA

HABÍA logrado captivar con su afable carácter á aquellos sencillitos cuanto aguerridos soldados, tan dóciles á la ternura como rebeldes al miedo.

Y en verdad que ella, la gentil cantinera, no omitía esfuerzo siempre que de hacer el bien se tratara; y en la línea de guerrillas, bajo un diluvio de proyectiles, que desafiaba, su mano era el primer apósito pronto á restañar la sangre heroica del herido; su cantimplora era inagotable para calmar los horribles tormentos de la sed que la hemorragia produce; y en sus ojos había siempre una lágrima, y en sus labios una oración piadosa para el infeliz que sucumbía en la batalla.

La cantinera llegó á ser, en poco tiempo, el ídolo de los soldados del 40 de línea. Tan profunda veneración les inspiraba, que el juramento más sagrado para ellos era el que se la tomaba por testigo de la afirmación, de la oferta ó de la amenaza.

Y era de ver aquel cuerpo desmedrado, aunque esbelto; aquellas facciones casi microscópicas, si bien de perfecta regularidad y belleza; aquel sonrosado color que no conseguía empalidecer ni el legítimo espanto que á los organismos delicados causa el peligro brutal de la más horrible manifestación de la energía humana; aquella sonrisa sugestiva, cariñosa y á la vez helada, que atraía irresistiblemente y marcaba el obstáculo invencible para las torpezas de quien osaba traspasar los límites de la más rigurosa honestidad; era de ver — repito — tanta perfección física, albergando un alma de temple superior, pródiga en humanitario heroísmo, que disputaba con denuedo una víctima al furor del plomo homicida.

También los jefes y oficiales hacían justicia al valor y á las virtudes de Marta — éste era su nombre — llegando á castigar con dureza á quien se permitía con ella el menor intento de ultraje.

Pero Marta era un misterio para todos. En vano, al filiarla, se la preguntó algo de su vida anterior. Ella, al presentar sus documentos en regla, cumplió los preceptos legales. Eludía toda conversación que tendiera á descubrir su origen.

Esta circunstancia, que, en sociedad menos ajena de prejuicios que aquélla, formada por hombres rudos y leales, hubiera despertado sospechas, era un título para el contingente del 40 de línea, que se enorgullecía con tener en su seno la cantinera más cariñosa y gentil de todo el ejército.

La jornada presentóse ruda, espantosa. Las partidas del Pretendiente, detrás de bien situadas trincheras, hacían un fuego terrible. Al 40 de

línea tocábale aquel día formar en las reservas; pero, aniquilados los cuerpos iniciadores del ataque, tuvo que entrar en acción, cerca del mediodía.

Las crestas de las colinas, cimeradas con penachos de humo; el vibrante chasquido de la fusilería, apagado periódicamente por el ronco detonar de los cañones; los gritos de coraje que arrancaba su impotencia á los rechazados; el gemir sordo del que se veía detenido en su marcha por haber ofrecido blanco á un proyectil; el alarido de rabia y de dolor de quien sentía escapársele la vida en las oleadas de sangre que fluían de espantosa brecha abierta en sus carnes; la potente voz de los generales y jefes animando á los rehacios; el sugestivo són de las cornetas y tambores que tocaban sin cesar ataque, y todo esto iluminado por un radiante sol de primavera, ofrecióse á los ojos de los soldados del 40 de línea, cuando, después de abandonar el abrigo que los resguardaba del plomo carlista, viéronse súbitamente en plena batalla.

El primer momento fué, como siempre que se inicia un combate, de titánica lucha interna. El instinto de conservación, revelándose contra la voluntad y contra la disciplina, embarazó, durante algunos segundos, el avance del valiente regimiento; pero la reacción no se hizo esperar, y se rompió vivo fuego.

La marcha, difícil por lo peligrosa, era lenta. Una descarga, y un paso.

Era preciso preparar el asalto, avasallando con la crudeza del tiroto la briosa energía del enemigo, envalentonado por la inexpugnabilidad de sus posiciones.

Desplegados los tiradores, que parecían no advertir los estragos que diezaban su fila, marcharon de frente. Marta iba en su puesto, cerca del guía central de la guerrilla.

Varias veces tuvo que detenerse para acudir en socorro de algún herido ó de algún muerto, pero luego se restituyó al lugar elegido por ella misma, compartiendo con sus camaradas el riesgo de la lucha.

Un oficial, que advirtió el peligro inminente que corría, gritó con rudeza:

— Esa cantinera, á retaguardia.

Ella fingió no oír el mandato, y continuó en su puesto. Un segundo más tarde, el oficial que la había ordenado retirarse, caía mortalmente herido.

Marta, apenas tuvo tiempo para cerrarle los ojos. Una bala, mientras

se hallaba inclinada sobre el que quiso salvarla, penetrando por su región parietal, se alojó en el cerebro de la cantinera, haciéndola caer sobre el ya inanimado cuerpo del valiente oficial.

Acaso por vez primera, la boca de Marta vióse en contacto con los labios de un hombre; tal vez al chocar, estallarían un beso último, eterno; el de dos almas al escaparse presurosas de la materia, destruida por otro beso terrible...

\*\*

El ejército liberal tuvo que retirarse ante la imposibilidad de expugnar las trincheras carlistas.

La retirada fué desastrosa; pero los soldados del 40 de línea, quienes consideraban irreparable desgracia la muerte de su cantinera, no abandonaron su cuerpo.

El coronel, queriendo honrar la memoria de la infatigable heroína, dispuso que todo el regimiento desfilara por delante de sus despojos antes de darles sepultura.

Una fosa, en cuya excavación habían intervenido igualmente las lágrimas de los soldados y los instrumentos de zapa, esperaba codiciosa su presa.

Ya iba á ser colocada en el fúnebre lecho, cuando ordenó el jefe que se la registrara por si era posible cumplir una última voluntad. Cosida á sus ropas interiores, se le encontró una cartera de cuero, repleta de papeles.

Todos los ojos se fijaron en ella, y todos los corazones latieron á im-

pulsos de la esperanza: ¡iban á hacer algo todavía por la que tanto los había querido!

El coronel, emocionado por lo imponente del espectáculo, sacó de la cartera, al azar, un papel.

Cuando fijó su vista en las pocas líneas en él trazadas, cambió de color, pasando el documento á manos del comandante, que también palideció al leerlo.

He aquí lo que decía: « No sé, mi general, si podré hacer que ésta llegue á sus manos antes de la batalla de mañana, aunque no lo creo indispensable, porque si seguís mis indicaciones, la victoria nos será propicia.

» Aun cuando el espíritu de las tropas liberales es excelente, nótese en ellas algún descontento, que debemos aprovechar, fomentando las deserciones.

» Por los planos y estados de fuerza que anoche le remití, conoce el plan del general N..., y le será fácil burlar sus intentos.

» Siga al pie de la letra mis instrucciones, mi general, y esté seguro de que el triunfo será para los que defiendan la buena causa. — D. P. R. — MARTA.

Causó honda pena en el 40 de línea el descubrimiento de que las virtudes de su cantinera fueron sólo un disfraz del más odioso y repugnante oficio que puede aceptar en la guerra un sér humano: el de espía.

LEVÍ MURGASI

Ilustración de ROJAS.

## CARTAS INTIMAS

Entre dos vates que son á cual de ellos más guasón, según ayer me han contado, las dos cartas se han cruzado que van á continuación.

I  
Estimado amigo Abad:  
Unos cigarros le envío,

y espero de su bondad que acepte ese obsequio mío como prueba de amistad.

Dicen los inteligentes que son puros excelentes, y no falta quien presume que cuando uno se los fuma se alegran los inocentes.

Cuando comienzan á arder, causa mucho gusto ver cómo se dejan chupar. ¡Hasta se dejan morder, los tontos sin protestar!

La ceniza permanece firme y nunca se oscurece su blancura inmaculada; ¡más que ceniza parece rica leche merengada!

Del humo no hay ni que [hablar; formando azulada nube, sube y sube sin cesar... Lo raro es que siempre sube; nunca le da por bajar.

No hay, lo sé de positivo, mejores cigarros de hoja, y, un dato muy sugestivo, sirven como aperitivo si en vermouth se les remoja.

Usted ya los probará, y espero que me dirá su sincero parecer. Con recuerdos de papá, le abraza. — PEPE FERRER.

Posdata. — Si los chupase por el extremo encendido, fácil es que se quemase. Con vendría que no echase esta advertencia en olvido.

Y también debe saber que los tiene que encender antes de fumar, se entiende, pues no comienzan á arder mientras no se les enciende.

II  
Muy apreciado Ferrer: No sé cómo agradecer los puros que me ha mandado, pero usted me ha fastidiado al pedirme parecer.

Y aunque, tal vez con razón, por ello me llame tonto, haré á usted una confesión: se me acabaron tan pronto que aún no he formado opinión.

Lo que he notado ¡pardiez! es que, menguando el volumen al chupar con avidez, poco á poco se consumen, sirviendo sólo una vez.



El precoz compositor JUANITO BOYA  
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

Por más que he reflexionado y la causa he investigado, aún no la he podido hallar; pero me tiene intrigado y la quisiera encontrar.

Como usted en tal cuestión deseará una aclaración, puede mandarme otra caja, y así podré con ventaja seguir mi investigación.

Quedo lleno de impaciencia por continuar la experiencia, y, confiando en su bondad, le da en nombre de la ciencia un abrazo. — ANTONIO ABAD.

Post scriptum. — Por favor, que no le asedie el temor de molestarme con esto; el fumar nunca es molesto para el que es buen fumador.

Y si juzga que, en lugar de una, mejor es mandar dos cajas, lo puede hacer, y seguro puede estar de que no me he de ofender.

Por la copia,  
VICENTE NICOLAU ROIG



Dibujo de JULIO BORRELL.



ENRIQUE ESTEVAN



BAILAORA

EXPOSICIÓN  
NACIONAL  
DE  
BELLAS ARTES  
MADRID 1904

R. COSTA